1

Durante años los trenes se detuvieron en la Gare de Bercy.

El misterio de la llegada quedaba suspendido, a pocos pasos de su realización. En el despertar, el diluirse del sueño se colmaba de la espera del arribo, de la ciudad que surgía rápida, alrededor, de las casas de piedra, oscuras, que ocultaban repentinas luces en las ventanillas.

Era posible renacer, entonces, ya reclamados por la gravitación de la ciudad, por el converger de todo en su respiración incalculable, en la vida sorda indestructible, en su vibración sin fondo.

Era surgir, de las aguas del sueño, a la orilla impaciente de la mañana ya lanzada, a un huir definido, de todas las cosas hacia su destino, espectadores de la suerte, pero arrojados ya a la fuga ignara, con cada latido, parcela, fragmento del presente, mezclado con la mirada, los gestos, la inquietud.

La sustancia más auténtica de la ciudad, su materia de ilusión, ya lanzaba su llamado de sirena, aquella vibración de luces y sombras, cúspides y perfiles, que trazaba en el recuerdo ciego su impronta de estupor, cuando un descarte repentino, un asalto cruel, desviaba los vagones a ese escollo de naufragios, esas manchas de cemento gris, esos andenes muertos, donde ya perdidos, fugitivos, vencidos, debíamos extraviar toda espera, toda llegada, derrochar el deseo, los gestos del arribo.

Cómo bajar la escalerita, en qué aire desconocido, hostil, sumergirse, en la crudeza delicada de la mañana, en aquel frágil recobrarse, abandonados a un *terrain vague*, sorprendidos por andenes provisorios, convoyes olvidados, perdidos en el aire vacío, en un limbo sustraído a la distancia, y

a la ciudad, un inmenso vado inhabitable, donde a la larga luchar, para alcanzar la orilla, tan remota e inasible.

2

Hace pocos días llegué, de nuevo, como en los años de la infancia, a la Gare de Lyon.

Cada gesto de repente era más amplio, espontáneo, relajado, como si la familiaridad de los lugares, la costumbre antigua, la percepción de un espacio habitado por el tiempo, concediera a los más simples movimientos del vivir la naturaleza embelesada de los días felices, el encanto sin explicación de los arribos mucho tiempo imaginados.

Corría, la valija detrás de los pasos, leve, como si volara, silenciosa, fiel a las señales de la mano, a la breve flexión de la muñeca, y yo alzaba la mirada a las carteleras de horarios, al entero espacio de la bóveda, como para rencontrar, ansioso, lo que indestructible persistía a lo largo del tiempo, desde los años de la ausencia, y replicaba la huella, profunda, que la memoria conserva, sin nombre, en la oscuridad.

3

Él llegó a París a principios de los años cincuenta, en el verano del 53.

Llegó solo, dos meses antes que los amigos.

Ellos lo alcanzarían más tarde.

De aquellos meses no queda casi recuerdo ni testimonio.

Nadie puede hablar, ni saber al respecto.

Es un tiempo vacío, una vasta colección de días sin nombre, sin respuesta ni recuerdo.

¿Quién sabe por qué aquel adelanto?

Otras veces, en la vida, ha elegido partir solo, anticiparse a toda espera, irse, casi sin preaviso, razón, respuesta.

Tal vez, para salvarlo de la vida cotidiana, siempre estuvo esa posibilidad, el espacio, abierto, que periódicamente se ofrecía a su espera.

No dejaba escapar esas ocasiones.

Cuando vislumbraba la abertura, salía del presente, se iba.

El único en hablarme de aquellos meses perdidos fue él mismo.

Estuvimos paseando, una vez, por el barrio popular de sus años, junto a la Gare de Lyon, saliendo de la estación a la derecha.

Las manzanas de aquel tiempo no existen más.

Las arrasaron hace años, en una de aquellas periódicas, progresivas expansiones higiénicas del capital y las finanzas, que, con regularidad de buitres, borran zonas enteras de la ciudad, empobrecidas o ya no rentables, para transformarlas en inmensos volúmenes de cemento, con gigantesca multiplicación de superficie y de valor inmobiliario.

Recuerdo la voz, más que el rostro, de Gino Severini, que, desde los alambrados de la destrucción, contemplaba y comentaba las demoliciones en el barrio de Montparnasse, para la nueva estación y para enormes prismas sin nombre, una catástrofe lenta y progresiva, como toda auténtica tragedia, que desde el futuro será recordada como fulminante, un fulgor sin responsables.

Con la memoria y la mirada todavía libres de esta otra, casi ignota, destrucción, recuerdo un barrio soleado, con pequeñas tiendas de comestibles abiertas en la calle, y una calle de hotelitos a bajo precio, disponibles para los viajeros, los estudiantes, toda posible clientela; él me mostró un